

Prólogo

Un hilo, tres carretes

Si este libro fuera una autobiografía convencional, de esas que se escriben llegado el día del penúltimo viaje, este prólogo podría comenzar al revés, a modo de epílogo, por unos versos bellísimos de Juan Ramón Jiménez:

Y todos los destinos aquí salen,
aquí entran, aquí suben, aquí están.
Tiene el alma un descanso de caminos
que han llegado a su único final.

Pero Javier Marrodán no dejó en la imprenta el relato biográfico de quien ha cubierto una trayectoria vital, cualquiera que sea su edad. En *Tirar del hilo*, el autor no ha hecho memoria desde una llegada, sino desde una salida, como el viajero que espera en el andén de la estación para coger otro tren que seguirá nuevos rumbos por la misma vía. Y si el lector siente ahora mismo la curiosidad de correr al último capítulo de este libro que tiene en las manos para

situarse en el andén, comprobará que Marrodán sigue tirando diariamente del hilo, del mismo hilo, si bien ahora desde un nuevo carrete. Desde un nuevo tren.

Por eso no encaja aquí la luminosa metáfora del poeta: «Tiene el alma un descenso de caminos que han llegado a su único final». Pero es que, además, tampoco deberíamos adosar al relato la idea de los destinos que salen y entran y suben y, en definitiva, «aquí están», porque el autor escribe y se describe, según las edades de la vida a las que va llegando, como una persona que ni cree ni ha creído nunca en el destino. O, en todo caso, como una persona convencida del acierto de quienes piensan que el destino no está en el pasado, sino en el futuro, en lo que iremos haciendo cada día desde la libertad personal, tirando del hilo y cambiando de ovillo. Siempre, por lo tanto, en el sentido machadiano de quien hace camino al andar, piedra filosofal de envergadura ilimitada, válida tanto para una catequesis parroquial católica como para el cancionero castrista de Silvio Rodríguez: «Yo no sé lo que es el destino, caminando fui lo que fui». En definitiva, tirar del hilo para seguir tirando del hilo; y abrir senderos según carretes abiertos libremente al futuro. Me parece que son dos pilares del libro, que se van haciendo más sólidos ante la vista del lector a medida que avanzamos por los capítulos.

Pues vayamos a la lectura, empezando por la arquitectura del texto. En *El huerto de Emerson*, un libro con apuntes biográficos, Luis Landero asegura que «en nuestro pasado está todo cuanto necesitamos para encender el fuego de la inspiración: hasta la fantasía tiene su casa en la memoria». Como el maestro a un alumno imaginario, Landero vuelve a los recuerdos –«el fardo de la vida»– sin

precipitarse y con confianza, «porque a veces da la sensación de que la vida es breve, pero en cambio la memoria de lo vivido no se acaba nunca». Y al igual que la imaginación, es un saco sin fondo: el saco donde el novelista ideará personajes e historias ajenos a su propia vida, «aunque hayan brotado de la tierra siempre fértil de la memoria». Justificaré la cita. *El huerto* de Landero creció en las librerías a finales de febrero de 2021 –segundo año horrible de Covid-19– por las mismas fechas en las que yo recibí, en Pamplona, el último carrete del hilo del que tiraba Javier Marrodán en Roma desde la primavera de 2020, en busca de un tiempo que, en su caso, no era tiempo perdido. Por la coincidencia de ambas lecturas, sus puntos de partida y sus propuestas de llegada, pensé en las dos a la vez, imaginando sus respectivas metodologías. Me resultaba inevitable y aleccionador establecer la diferencia evidente entre el novelista y el periodista, unidos los dos, sin embargo, en lo que sus textos tienen de viaje literario al ayer. «La memoria y la imaginación convierten nuestro pasado en un mundo inagotable donde todo está por descubrir», advierte Landero. Por el contrario, Javier Marrodán plantea la recopilación literaria despojando a la memoria del menor atisbo de imaginación, de manera que nada va a descubrir, ni finalmente descubrirá, al volver la vista atrás. Los hechos están ahí, con su acreditada e informativa terquedad. Los personajes, también. Y el narrador. El periodista lo escribe todo con nombres, fechas, antecedentes, consecuencias; qué, quién cómo, cuándo... Probablemente almacenó con los años, si no un diario, sí, tal vez, unos cientos de fichas o apuntes de ordenador, lo que explica la fidelidad al día y, si se tercia, a la hora, y el descenso a los detalles que, muchas veces, es el ascenso a cumbres de la narración.

Lo que el prologuista pretende adelantar es que el lector tiene en sus manos no una novela, ni una vida novelada, sino una biografía escrita con un estilo siempre directo, leal con el autor mismo y, en consecuencia, con el lector. La literatura se ocupa del resto. Otra cosa es que, en ese resto, crucen por la vida del periodista, y luego del profesor de periodistas, hechos y personas que son novelas en sí mismos. Y es entonces cuando el lector se siente como dentro de un libro de relatos, incluyendo personas, paisajes, sentido y sentimiento. Porque, una vez más, una de tantas, la realidad supera a la ficción, en estas páginas tirando del hilo por sucesivos carretes.

Aquí destacaremos tres: el carrete del periodista en *Diario de Navarra*, su periódico; el del profesor de periodismo en la Universidad de Navarra, también la suya; y el carrete del estudiante de Teología en Roma. Tres carretes u ovillos, pero un mismo hilo conductor. El hilo del compromiso cristiano de un católico en el ejercicio de su fe, que mantiene, en consonancia, una actitud personal ante la vida, en su caso por el camino del Opus Dei. Vuelvo a leer ahora estas líneas suyas con la admiración de la primera vez: «Por eso, el recorrido que me ha traído hasta este último capítulo es mucho más que una suma de historias, recuerdos y reflexiones sobre el periodismo y la docencia», para llegar «al ovillo definitivo, a la clave que los llena de sentido y sobre todo de esperanza». Primer carrete. Los casi 20 años que Javier Marrodán trabajó en *Diario de Navarra* caben perfectamente en los 46 –cuarenta y seis, se escribe pronto– de mi vida profesional en el mismo periódico. Marrodán era, antes que nada, un tipo emprendedor, un chaval capaz de sacarse un dinero empaquetando diarios en la cadena de la rotativa antes de iniciar unas prácticas sobresalientes en la redacción, sin imaginar, acaso,

un futuro en nómina y plantilla de la empresa. Fue pionero en una fórmula laboral luego seguida por otros: él funcionaba con autonomía para redactar grandes reportajes y administraba su tiempo, eso sí, sin negarse nunca a un asunto del día, un suceso de urgencia, por ejemplo, por puro sentido de compañerismo.

Sus años en el *Diario* coincidieron con las décadas de oro de la prensa en general y de nuestro diario especialmente. El periódico alcanzó una penetración social sin precedentes, alzándose con uno de los primeros puestos de la prensa en España, contando por ejemplares vendidos y censo regional de habitantes. Marrodán daba la talla de un reportero entusiasta, preparado, dominador del género, que escribía mucho y bien porque leía muchísimo y todo muy bien leído. Él mismo confiesa que trabajaba contento, seguro de lo que hacía y de lo que podía suponer su trabajo. Era cuestión de tiempo que la competencia local le ofreciera un contrato seductor. La duda le llevó a contarme personalmente la situación, a ver qué pensaba. Lo digo aquí porque lo cuenta él. Por mi parte, añadiré que siempre he pensado que mi consejo fue un acierto para él y un éxito para el periódico. Los mejores reportajes de Marrodán, sus más conmovedoras historias, estaban por llegar.

El hilo se desliza de forma suave, pero contundente, desde el ovillo de la profesión periodística. Pongamos un ejemplo revelador, entre otros varios que el lector encontrará, páginas adentro. Una habitación de hospital, en Pamplona. El reportero Marrodán acompaña a Begoña, una paciente en estado terminal. Copio literalmente: «Te vas a encontrar pronto con Dios, se me ocurrió decirle; sí, respondió». Luego, el periodista le pregunta si no le gustaría

«prepararse para ese momento charlando con un sacerdote». Ella, Begoña, acepta. Cuando se va el sacerdote, después de la comunión, el reportero entra y le propone celebrar el momento. Fuman un cigarrillo. «La verdad es que podría irme al cielo ahora mismo», le dice Begoña en la despedida. Era el adiós terminal de una vida y de una amistad. El final también de un extenso reportaje publicado en las páginas del periódico años atrás sobre los estragos del sida, bajo el título esperanzador de *Una puerta a la vida*.

El periodista, humanamente impactado, terminó un día el reportaje e inició al siguiente una relación de amistad y acompañamiento con varios personajes de una historia que ya no tendría un final. En las proximidades de los 100 años, más entregado que nunca a sus versos y sus columnas, Manuel Alcántara distinguía entre los escritores que reflejan la vida y aquéllos en los que todo lo que han vivido se reflejaba en ellos. Por los reportajes, a Javier Marrodán lo hubiera clasificado entre los segundos.

Otro ejemplo, esta vez relacionado con el trabajo sobre el terrorismo que aquellos años azotó mortalmente a la sociedad en forma de amenazas, extorsiones, asesinatos. En el año 2000, Marrodán firma uno de sus reportajes de largo recorrido, *El eco de los disparos*, del que un día le dije, en conversación personal, y desde luego repito aquí, que era uno de esos trabajos que bastan para justificar toda una vida dedicada al periodismo. El reportaje recuperaba la memoria de la familia de Jesús Ulayar, exalcalde de Etxarri Aranatz, asesinado en 1979 a la puerta de su casa, en presencia del pequeño de los cuatro hijos del matrimonio, Salvador. Fueron varios días de entrevistas para completar una historia que ocupó un

número de páginas sin precedentes en el periódico para un reportaje. Pues bien; la amistad del periodista con la familia sigue viva más de veinte años después. El compromiso contra el terrorismo conduciría al autor a escribir, en el XXV aniversario del crimen, *Regreso a Etxarri-Aranatz*, un libro de reencuentro con los hechos de entonces y con las personas que, además de los hijos de la víctima, guardaban alguna relación con la tragedia o con la familia –por cierto, cruelmente humillada por los terroristas– y con el compromiso cívico frente a ETA.

¿Por qué el reportaje de los Ulayar después de tantos años? Porque el relato de la durísima epopeya familiar podía «ayudar a muchos lectores a hacerse cargo de la gravedad de lo que todos habíamos sufrido tantas veces sin darnos cuenta, sin hacernos cargo de que el drama de las víctimas era en buena medida el nuestro. También yo tenía la ilusión de ayudar a muchas personas a vivir lo ocurrido desde adentro». Un hilo periodístico, el de Marrodán, de evidente compromiso social, con reportajes que desbordan los límites de las páginas del periódico y de la fecha de difusión del ejemplar del día, alcanzando el formato del libro.

Tras la lectura de una primera entrega de *Tirar del hilo*, escribí al autor que, de aquellos años suyos en DN, recordaba por encima de todo la cercanía del periodista con los personajes del reportaje, el trato con los desplazados en las cunetas del camino, víctimas de la droga, del terrorismo, de la derrota. Esa cercanía iba más allá de la relación profesional. Incluso podríamos decir que no era una relación estrictamente profesional. Desde la experiencia de veterano en la profesión, y asentado ya (es un decir) en la edad tardía

de la jubilación, no dudo al resaltar la dimensión cristiana que el periodista iba dando al hilo periodístico del que tiraba.

Segundo carrete. Escribió Albert Camus que «la verdadera generosidad con el porvenir consiste en darlo todo en el presente». Marrodán dio por finalizada su etapa en el periódico y cambió de carrete para darlo todo, a un par de kilómetros de distancia, al otro lado del escaso río Sadar –que en Pamplona llamamos Al revés y es, más que un río, un proyecto de río–, para convertirse en maestro de periodistas en las aulas de la Universidad de Navarra. También entonces habló conmigo del cambio. Pero ya no era solicitando un consejo sino adelantando una resolución. (Y por supuesto que la amistad continuó, y aún diría que se consolidó, a través de un grupo de unas 15 personas, oficialmente llamado Libertad Ya, del que salieron diversas iniciativas de apoyo a víctimas del terrorismo y de denuncia de las plataformas de justificación de ETA).

Desde el carrete o el ovillo de las aulas universitarias, Javier Marrodán tiró del mismo hilo conductor deslizado por las páginas del periódico. El profesor termina la lección, corrige las prácticas, dirige seminarios, da por concluida la clase y encuentra la manera de ser un compañero más entre los alumnos, cada uno en su puesto y él en el puesto donde pueda ayudar. Está convencido de lo que está diciendo cuando plantea a los alumnos que «el funcionamiento de la Facultad no se explica sin el compromiso, que es una actitud en la vida antes que una disposición o un hábito personal». Nada más natural, entonces, que emprender con cuatro alumnos un viaje a Niza para entrevistar a una anciana superviviente del campo de exterminio nazi de Auschwitz. Se va con ellos para apoyarles en el sin duda compli-

cadísimo trabajo que les había animado a realizar. Era una de esas clases prácticas que valen por un máster reducido de un largo fin de semana. Ciertamente, tiene todo el tono de una película de ambiente universitario. Otros viajes le llevarían a visitar a alumnos o exalumnos en situaciones difíciles, después de una labor de seguimiento y acompañamiento personal en los años de la carrera.

El carrete del que había tirado en los años de la enseñanza dejaría al profesor la satisfacción –«realmente inefable»– de haber podido orientar a los alumnos, de verles crecer y desarrollar sus carreras. Cita *Elogio de la transmisión*, de George Steiner, para calibrar el trabajo a veces «decepcionante» del profesor que, sin embargo, tiene también la «incommensurable recompensa» de encontrarse con un alumno «mucho más capaz que uno mismo y que llegará mucho más lejos». Elogiando la transmisión, Javier Marrodán cuenta que lleva anotados un buen número de esos alumnos «más capaces» entre los que pasaron por sus aulas. Lo pude comprobar yo mismo a principios de abril de 2021, con motivo del discurso pronunciado por María Jiménez en Pamplona, en el estreno de una exposición de portadas de periódicos sobre episodios terroristas. En su libro, Marrodán habla con orgullo de ella y pone como ejemplo, en el sentido de Steiner, a su antigua alumna, compañera en el equipo de *Relatos de plomo*. Naturalmente que no por casualidad la alumna recordó aquel día en sus palabras al profesor, afirmando que «cualquier iniciativa sobre la memoria del terrorismo en Navarra recalca en el trabajo de Javier Marrodán, que no es solo periodístico, sino sobre todo humano».

La huella del profesor en sus alumnos –y además «discípulos», en la distinción del profesor Zafra– es profunda. «Que no sepamos hoy

cómo nos habríamos comportado frente al terrorismo, no significa que no sepamos cómo tendríamos que comportarnos en un futuro», destacaba María Jiménez en la exposición de Pamplona. No era un recurso retórico ante en un auditorio amigo. En el epílogo del libro *El coraje frente al terrorismo*, su brillante y rigurosa biografía de Ana María Vidal Abarca, se puede leer que «la noche del terrorismo no solo cabalgaba sobre el crimen, sino también, y en gran medida, sobre el envilecimiento moral de la ciudadanía que, por cobardía o porque resulta muy fácil acostumbrarse al horror a condición de que sean otros los que lo padecan, pacta su ceguera, su sordera». Unos años antes, la «exigencia moral» de poner nombres y apellidos a la historia del terrorismo, de narrar el eco de los disparos en las víctimas, de ponernos en su lugar, de preguntarnos dónde estábamos, todo aquello que se había impuesto Javier Marrodán en su trabajo, llevaría a la aventura prodigiosa de *Relatos de plomo*.

Nuevamente la metáfora del hilo único del relato, que sale de sucesivos carretes. En el supuesto de que convenga numerarlos, diré que en este tercer carrete tiran del hilo el periodista de *Diario de Navarra*, el profesor de periodismo de la Universidad de Navarra y los mejores alumnos con los que compartía las clases prácticas. El resultado iba a ser el más grande reportaje jamás escrito: *Relatos de plomo*, una obra antológica de 1800 páginas en tres libros de gran formato, con la historia del terrorismo en Navarra. La iniciativa partió, en 2012, del Gobierno de Navarra, presidido por Yolanda Barcina, de UPN.

El 22 de abril de ese año, el consejero de Cultura, Juan Luis Sánchez de Muniain, y el jefe de gabinete, Javier Lesaca, citan a Ja-

vier Marrodán y le plantean el propósito editorial de reunir en un libro los años del terrorismo. Cuando sale del Palacio de Navarra, a pie de calle, Marrodán hace la primera llamada por móvil, en «un acto casi reflejo». Fue a María Jiménez, primera piedra de un equipo formado también por Gonzalo Araluce y Rocío García de Leániz, a los que se unieron en una segunda etapa Roncesvalles Labiano y Rubén Elizari. No sería un libro sino tres. Del diseño editorial se encargó Javier Errea, con un trabajo potente, detallista y esclarecedor. Los archivos de *Diario de Navarra* estuvieron abiertos en todo momento para los autores, con Jorge Nagore en el apartado gráfico.

El 13 de diciembre de 2013 –«uno de esos días que uno estrena sabiendo que no se le van a olvidar nunca», escribe Marrodán– tiene lugar el acto de presentación oficial de *Relatos de Plomo* en Baluarte, el auditorio de Navarra edificado en el centro de Pamplona por el arquitecto Patxi Mangado. En su discurso de presentación, cargado de referencias de grandes autores, Javier Marrodán expone en pocas palabras el fundamento de la obra: «Ya no hay vuelta atrás para los asesinatos, la extorsión, los secuestros, los sabotajes o los atracos; sin embargo, el relato riguroso y completo de lo sucedido, lejos de alimentar venganza o resentimientos, permitirá cerrar esta etapa ominosa sin olvidos cómplices o interesados, sin diluir la gravedad de los hechos, sin interpretarlos, sin excusarlos». A las crónicas minuciosas de los hechos siguen las entrevistas a quienes sufrieron la violencia, empezando por los familiares de las víctimas. «No han hecho falta adjetivos ni moralejas para adornar el relato – resaltó Marrodán– porque a los autores nos ha movido únicamente el propósito de contarlos bien».

El prestigio de la autoría de los *Relatos* y la iniciativa y alcance de la edición hizo posible la aportación de textos firmados por autores del tamaño intelectual y literario, entre otros, de Fernando Aramburu, Aurelio Arteta, Lorenzo Silva, Juan Gracia Armendáriz, Ángeles Escrivá o Rogelio Alonso, que no dudaron en enviar su colaboración, acompañando a otras firmas de alcance local.

Relatos de plomo es un capítulo extraordinario en las edades de la vida cumplidas hasta ahora por el autor. Extraordinario por la dimensión de la obra y a la vez por la conjunción en la misma del periodista, el profesor y la relación de profesor y alumnos. Un personaje de Vila Matas barrunta que la felicidad se vive en pasado, que es retrospectiva. Por su forma de ser, por el sentido general de sus páginas biográficas, no estoy seguro de que Marrodán viva en el pasado la felicidad, ese sentimiento de perfiles a veces petulantes. Pero me parece que sí vivirá el pasado con alegría, incluso con desbordada alegría en ocasiones. Después de todo, ha seguido sus propias directrices profesionales, desde la primera línea del primer reportaje hasta la última página del tercer libro de *Relatos*: descubrir a las personas involucradas en los hechos. Son ideas suyas, recurrentes, repartidas por las páginas, acompañadas de citas de autores de cabecera entre sus extensas y dispares lecturas. En este caso, de las palabras de Tomás Eloy Martínez con ocasión de una reunión de editores de prensa: «Las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber».

La dimensión periodística y editorial, pero antes que nada social, del trabajo de Marrodán, le hizo merecedor del premio de la

Fundación de Víctimas del Terrorismo, un organismo nacido del consenso de los grandes partidos políticos y, por tanto, de una inmensa mayoría de la representación de la soberanía ciudadana en el Congreso de los Diputados. La presencia del Rey Felipe VI en el acto, acompañado por el ministro del Interior, Grande-Marlaska, da la medida de la importancia del mismo y del valor de las distinciones.

La recepción tuvo lugar en la Casa de las Américas, en Madrid, a mediados del mes de diciembre de 2020. Me enteré del acto con tiempo suficiente para pedirle al galardonado, con la autoridad de la edad, que preparara unas palabras de agradecimiento. No era obvio, aunque pueda parecerlo. Recordaba una ocasión en la que, en otro nivel y distintas circunstancias, Javier Marrodán tenía que aceptar un reconocimiento. «Solo diré una palabra: gracias», anunció. Y cuando algunos creían que era el comienzo retórico de un discurso convencional, sucedió que, efectivamente, solo dijo «gracias». Ni una palabra más. En esta ocasión, precisamente por consideración a las víctimas del terrorismo, no podía escatimar su voz. Resumiré aquí lo que, a su vez, me parece un resumen de intenciones en su trabajo periodístico de tres décadas.

Comenzó con una cita de Albert Camus, cuando recibió el Nobel de 1957: «Por definición, el escritor no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino de quienes la sufren». Javier Marrodán salva todas las distancias para señalar que esa idea, más que una estrategia narrativa o documental «es una exigencia de orden moral, un compromiso con la justicia y con la verdad». Desde esa perspectiva insistió en que «los testimonios de las víctimas son

imprescindibles para transmitir qué es realmente el terrorismo, para hacer justicia a los acontecimientos, para proporcionar elementos de juicio a los lectores, para ayudar a los ciudadanos a conocerse mejor, a tomar más libremente sus decisiones». «Y pienso –sentenció– que esa es justamente la esencia del periodismo». Esa es también, en la opinión del prologuista, la clave del planteamiento profesional del periodista y profesor Marrodán.

Tercer carrete. Hombre de lecturas sin fronteras, no debe extrañar que, tras el comienzo con Camus, el galardonado por la FVT terminara hilando con ideas de Santo Tomás de Aquino: «La experiencia es también causa de la esperanza; por eso, contar honradamente lo que ha sucedido es, además, una apuesta por mejorar el futuro». En fin; hay que reconocer que esta vez pronunció unas cuantas palabras más, antes de la palabra «gracias». El discurso podría ocupar un frontispicio moral para futuros estudiantes. Don Felipe, que por cierto se interesó por los cursos de Marrodán en Roma, resaltó en su intervención la importancia de preservar la memoria de las víctimas, en consonancia con la intervención del galardonado.

Volví a los folios de *Tirar del hilo* cuando acepté, encantado, el encargo de escribir el prólogo del libro, un prólogo para el que, por cierto, tendré que ir pensando un título. La segunda lectura confirmó las notas que había tomado en la primera, con la intención de comentarlas con Javier, el excompañero de casi 20 años en DN, el amigo ya sin fecha de caducidad. Y es verdad; mientras comparábamos aquel trabajo diario, nunca imaginé que el joven y aventajado reportero pasaba por el periódico camino de un seminario en

Roma. Él tampoco, probablemente. Nunca imaginé, quiero decir, hasta dar con la lectura del hilo conductor, las notas biográficas que me envió de la eterna Ciudad. Entonces ya, sí. Pues claro que sí. Porque si algo acompañaba al trabajo redaccional era la dimensión espiritual que el joven periodista iba dando a todo lo que hacía, la evidente sombra (la luz evidente) de Dios en su trastienda laboral. Así se entiende en profundidad el compromiso del periodista con los personajes de sus comprometidos reportajes, el acompañamiento en supuestos de necesidad con los arrumbados en las cunetas del camino, aquella cercanía que desbordaba el trato profesional, que podría decirse que no era del todo profesional, en el estricto sentido del término. Luego, el mismo planteamiento personal se repite en la etapa académica, cuando el profesor entra en la vida de alumnos necesitados de una palabra, un consejo, un seguimiento fuera de las aulas. Y de nuevo leeremos vivencias que son historias reales y se pueden leer como novelas.

Anoté tras la primera lectura y subrayo ahora, que leí el texto con interés y con emoción; con admiración, también; con cercanía siempre. Llegado el relato a la Teología romana, todo lo demás parece como si perdiera importancia. En absoluto. Tanto en las páginas de quehacer redaccional como en las dedicadas a las aulas de enseñanza, hay material espléndido para un libro del tipo *Periodismo para entusiastas* y otro con *Diez lecciones básicas de periodismo*. Los mejores maestros del oficio ocupan centímetros o metros, eso según, del hilo biográfico. Pese a todo, que es mucho, resulta imposible perderse en la frondosa paginación. El estilo de Marrodán es directo y claro. Es decir, periodístico. Frases exactas, vocabulario inmenso, metáforas enriquecedoras y una construcción sobre las

mugas de la narrativa literaria, sin perderse por excursiones de sonajero hacia la nada.

Al final de la lectura, con la osadía, pero también el deber, que da la amistad, le felicité por la sinceridad puesta en la exposición biográfica y por el valor demostrado para detallar testimonios personales, muy personales algunos de ellos, venciendo el inevitable pudor. Le dije que tenía que dar un cierto vértigo asomarse ahora al texto, ponerlo a disposición del lector y, en consecuencia, de lo que quisiera pensar ese lector anónimo, sentado en algún lugar con el libro en las manos. Y más aún, quizás, el lector con nombre y apellidos conocidos en el curso de las etapas de la vida.

Ciertamente, ¿qué puede pensar el lector? Si yo no conociera a Javier Marrodán, si fuera posible, que no lo es, cerrar los ojos, diría que he leído la vida de un tipo cincuentón, ilustrado y entusiasta, que se la ha ganado paso a paso; que siempre ha tenido unos principios y unos valores muy claros para pronunciarse; que se siente reposadamente satisfecho de lo que ha hecho y razonablemente contento de lo que va a hacer; que da ejemplo sin dogmatismo de una peregrinación vital y, en fin, que puede abrazar hoy a sus padres recibiendo y dando cariño con el respeto y la ternura de la infancia, aquella patria. Al cabo, uno de tantos tipos que cruzan por la calle, afortunadamente. Pero uno de tantos, desde luego, con los oficios de hacer y las maneras de ser contenidos en este párrafo.

En *La Compasión*, su apología de «una virtud bajo sospecha», Aurelio Arteta, se acoge a Stefan Zweig para advertir que «solo cuando nos sabemos útiles para mejorar la suerte ajena cobra la propia vida su más alto significado; que vale la pena cargar con un

peso, si con esto se alivia la vida de otro». Copio aquí la cita como preámbulo al siguiente párrafo de un libro del que luego se dará santo y seña, por si hiciera falta. «El 7 de septiembre de 2018, mientras bajaba a solas del Baigura, tuve la impresión de que precisamente Dios me sugería la posibilidad de servirle de un modo nuevo. Antes de ese día ya me había planteado en varias ocasiones la opción del sacerdocio y más de una vez se lo conté por escrito al prelado de la Obra, pero aquella tarde, haciendo la oración en el acogedor hayendo que conduce a los llanos de Areta, lo vi de un modo mucho más claro. Pienso que la palabra «llamada» es la más oportuna: intuí que Jesucristo me animaba a invertir los años venideros –los que sean, ya no demasiados– tratando de hacer sus veces también de un modo *ministerial*, transmitiendo sus mensajes, ayudándole a administrar los sacramentos, implicándome de lleno en ese gran hospital de campaña que es la Iglesia –afortunada expresión del papa Francisco–, intentando ser uno más entre los sacerdotes “santos, doctos, humildes, alegres y deportistas” que deseaba san Josemaría».

Ya lo habrá descubierto el lector. El párrafo –que a mi parecer encierra resonancias de homilía para una primera misa– pertenece al libro *Tirar del hilo*. A este libro. Lo ha escrito Javier Marrodán en Roma. Pero puedo ver al autor en Pamplona, treinta años atrás, de joven reportero, sentado a la cabecera de la cama de una enferma en estado terminal a la que había conocido en un reportaje sobre los estragos del sida y la droga. «Begoña –le dice– te vas a encontrar pronto con Dios...».

Fin. Quiero terminar con una cita de Ryszard Kapuscinski, un autor de referencia para Javier Marrodán. Creo que encaja perfecta-

mente, no como recurso narrativo, sino como la orientación para el lector propia de un prólogo. «Las malas personas –advertía Kapuscinski– no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias; y convertirse inmediatamente, en parte de su destino».

Aunque lo pensara, como efectivamente lo pienso, yo no voy a calificar aquí a Javier Marrodán de buena persona. Pero sí diré, aquí y en Roma, que su periodismo ha respondido siempre a la idea de Kapuscinski de comprender a los demás.

José Miguel Iribarri